

—¿Qué haces, querida? ¿No has concluído tu tocado? dijo la recién llegada, dirigiéndose a su amiga.

Lilí temblaba, temiendo perder su felicidad en el momento en que creía poseerla para siempre; pero Matilde abrazó con más fuerza a sus hijos, como si quisiera impedir que volvieran a arrastrarla al mundo, y contestó:

—No insistas.... mi deber está aquí.

—Sin embargo, no todo son deberes en la vida; hay que dedicar algún rato al placer.

—¡Al placer! y ¿qué mayor felicidad puede existir que ésta que inunda mi alma? ¿Cuándo, en un teatro o un sarao se goza de esta manera?

La duquesa, asombrada, abandonó el saloncito, y Matilde quedó entregada por completo a aquel amor santo, que enlazaba tres corazones y la volvía al cumplimiento de sus deberes con la alegría en el corazón y la sonrisa en los labios.

MAGDALENA DE SANTIAGO-FUENTES

ORIENTACION DEFINITIVA

Cuando se vive en un medio eminentemente puro y familiar como el que se respira en estos por mil títulos ilustres claustros del Rosario, la vida adquiere proporciones de serena fecundidad cotidiana y la estrechez del círculo en que vivimos contribuye, por decirlo así, a hacer más interna y confidencial las relaciones que nos unen.

No de otra manera podemos explicar el por qué de este artículo, fruto de la reflexión, que si bien no ofrece nada sensacional a lo menos hace pensar en la trascendencia que tiene para la juventud la elección del puesto a que ha sido predestinada.

Ese puesto, nos dice la conciencia, tenemos que conquistarlo con nuestro esfuerzo propio, dirigirnos a él sin vacilar y sin detenernos en lo abrupto del sendero que debemos seguir para alcanzarlo.

Como no sabemos a ciencia cierta cuál es el que nos debemos procurar en la sociedad, fuerza es orientarnos, y a esa orientación es precisamente a la que no damos muchas veces la trascendencia que merece, la que miramos con indiferencia sin contemplarla como la más importante para el porvenir que nos espera, la que no advertimos, justamente por no reflexionar que ella influye inevitablemente en nuestros futuros destinos.

Por eso, deseosos de que nuestros compañeros de estudios se penetren de la alta significación que reviste uno de los pasos más trascendentales de la vida—cual es el de acertar a elegir una carrera, lo que hemos dado en llamar orientación definitiva—consignamos aquí nuestras reflexiones en la esperanza de que puedan ser útiles y sirvan de estímulo para pensar en la meta que es preciso seguir, a fin de alcanzar la victoria más o menos completa que ha de señalar el grado que nos corresponde ocupar entre los hombres.

Cuando recordamos con placer nuestra niñez, los primeros días en que comenzó a apuntar en nosotros la razón, nuestros primeros estudios, nuestros primeros designios, hallamos que fue en aquella plácida edad cuando concebimos el ideal altísimo de conquistar las grandezas por medio del saber. Y ese ideal, nobilísimo entre todos, sugerido por las sabias enseñanzas de nuestros maestros, es el que nos ha traído a las aulas de este histórico plantel, el que debemos perseguir sin descanso, de una manera resuelta, con la energía del león. Ya dijo el insigne maestro de la juventud colombiana, Monseñor Carrasquilla, «el que aspira a poco no logra nada;

el que pretende mucho algo alcanza; el que lo quiere todo mucho consigue».

Como ya no se ven talentos universales que puedan dedicarse con asombrosa profundidad a todas las ramas del humano saber, fuerza es concretarnos a una sola consultando previamente lo que la necesidad nos aconseja en armonía con las dotes intelectuales que la naturaleza nos ha deparado. En la escogencia de ese ramo, nos parece, estriba el adelanto del individuo y la felicidad para toda su vida.

Pero, por lo que hemos observado, algunos jóvenes comienzan carreras profesionales atendiendo primero a las ventajas de todo orden menos a la disposición especial que requiere cada una de ellas. Falta de reflexión, a nuestro modo de ver, porque esos jóvenes no podrán nunca prosperar en los estudios; se han dedicado a una tarea para la cual no han nacido, están violentándose continuamente al contrariar sus inclinaciones y suplir con esfuerzos lo que les falta en habilidad; en síntesis, están perdiendo lastimosamente el tiempo porque ya no pueden volver los ojos atrás y encaminarse a otros rumbos, tiempo de juventud y de energías sin el cual la vida es para ellos como un cuerpo mutilado e inválido.

Hay otros que tampoco echan de ver que el Autor de la Naturaleza distribuye las facultades en diferentes grados, acompañándolas, por decirlo así, de un precioso instinto que les muestra su destino. Imaginan que tenemos capacidad absoluta, igual para todo, y que quien está dotado de felices disposiciones para una cosa lo estará igualmente para otras. A éstos les insinuamos una reflexión: Napoleón, el genio de la guerra, y Descartes, el de la filosofía, ¿en qué se parecen? Los dos genios de seguro no se hubieran comprendido. Los ejemplos abundan; un talento sobresaliente en ciencias políticas puede ser menos que mediano con respecto a

las exactas, y al contrario; de donde se infiere que un hombre eminente, de capacidades extraordinarias para una cosa, puede ser menos que mediano y hasta inepto para otras.

A nuestro juicio, la norma a que debemos ceñirnos para acertar a elegir una carrera es, después de medir con prudente consideración las dotes naturales y circunstancias sociales, la inclinación constante a la materia científica que ha de cultivarse. A Pascal, en su primera edad, le llamó la atención el fenómeno del diverso sonido de un plato; reflexionó y logró inquirir su causa. Antes de pasar al estudio de las matemáticas, el padre de Pascal quiso fortalecer el espíritu de su hijo con otra clase de estudios evitando hablar en su presencia de la geometría, pero Pascal se inclinó, con poderoso empeño, a trazar figuras en la arena y, desarrollando la definición de aquella ciencia, demuestra las primeras proposiciones de Euclides. Este espíritu de reflexión, esta voluntad, anunciaban al célebre geómetra y físico que consiguió más tarde fama universal. Bossuet, a los 16 años de edad, pronunció en feliz improvisación un sermón que cautivó a los talentos más distinguidos con que contaba Francia. Y es que la sublime oración de Bossuet anunciaba también al más notable orador sagrado, autor de las *Oraciones fúnebres*.

Por el contrario, la indiferencia, el desagrado o repugnancia, es indicio seguro de que no estamos adaptados a aquello que nos disgusta. Un estudiante, para poner un ejemplo familiar, se deleita en la clase de Historia Natural y siente particular afición al estudiar la Anatomía y Fisiología humanas; otro se duerme, o no escucha al profesor, o no toma tanto interés como el primero por estudiar la constitución orgánica de ese

« microcosmos », como lo llamó Aristóteles, siente aversión irresistible a las clínicas, pero en cambio se halla a su sabor en las matemáticas y la física; éste debe estudiar la ingeniería, aquél va seguro del éxito si estudia la medicina. El que siente interés por la ciencia del Derecho, se complace en hojear libros de esta clase, así como siente afición a todo lo que se roza con las discusiones jurídicas; si se dedica con entusiasmo a esta ciencia puede llegar a ser jurisperito. Otro se siente llamado a una vocación más alta, la del estado religioso; si la abraza, será un verdadero ministro de Dios (1); por último, hay uno que le encantan las labores del campo, nació para agricultor, y otro que sólo sirve para purificar de las malezas a los vegetales que nos nutren. Si no permanece ocioso llegará a ser muy solicitado como buen desbrozador de los dilatados bosques.

Es, pues, de la mayor importancia consultar las disposiciones y aptitudes de que gozamos para dedicarnos a la carrera que mejor se nos adapta. Malebranche, el célebre ontólogo francés, se ocupó primero en el estudio de la Filología y de la Historia hasta que habiendo llegado a sus manos el *Tratado del Hombre* de Descartes, se despertó en él el genio filosófico; conoció entonces que ese era el estudio que tan perfectamente se le adaptaba, que él era capaz de comprender esas altas doctrinas y dedicándose con entusiasmo a cultivarlas escribió años después su famosa obra de la *Investigación de la Verdad (De la recherche de la vérité)*. La Fontaine, aquel ingenio poético que

(1) El que tiene gran facilidad para recordar hechos históricos puede ser un notable historiador; el que no la tiene para retener palabras no es apto para los idiomas; pero si en cambio en él se advierte una inclinación constante y duradera a la Filosofía debe entonces cultivarla, aunque creemos que para triunfar en esta ciencia es menester estar dotado de calidades eminentes.

tan alto brilló en la poesía, estuvo primero dedicado a los negocios, ¿Y qué habría sido de él si hubiera continuado como hombre de negocios para lo cual no demostraba excelentes aptitudes? Los ejemplos anteriores son suficientes para concluir que dedicarnos a una profesión que no se nos adapta es poner un obstáculo que impide aprovechar las mejores disposiciones, y que un talento bien empleado puede dar los más preciosos frutos si no se consume en una tarea para la cual no ha nacido.

Una vez orientados, y después de considerar que la carrera del hombre es su desenvolvimiento intelectual y social, veamos cuál es el camino más expedito que debemos seguir para dar cima feliz a los estudios. A nuestro modo de pensar, todos debemos encaminarlos a una finalidad práctica procurando sacar de ellos el mayor provecho posible. *Time is money* dicen los ingleses, y esta fórmula sencilla pero exacta nos dice cuánto debemos aprovechar ese tesoro inestimable y pensar que del buen empleo que de él hagamos depende el éxito de nuestra vida.

Para saber es además necesario mucho desvelo y aplicación. Empero, hay un número considerable de jóvenes que no quieren, o tal vez sí desean aprender y no estudian. En verdad que, para estudiar, se necesita abnegación a toda prueba, la cual ciertamente no podemos eludir; no nacimos sabios y tenemos que preocuparnos por esclarecer las tinieblas de nuestro entendimiento. Lo bello, lo grande, lo sublime, no se alcanza sin dilatados sudores ni se conserva sin fatigosos trabajos. Estudiar es un sacrificio, y muy inmenso, pero que se puede sobrellevar si lo hacemos en obsequio de la familia y de la Patria. No importa que alguno de los que no saben cumplir su misión nos critiquen severamente el que estudiemos. La envidia nunca puede sufrir el

resplandor del mérito ajeno como el egoísmo no consiente el menor sacrificio para hacerse grande.

El ideal a que todos debemos aspirar hemos de conquistarlo, amén de lo ya expresado, con los merecimientos de la virtud, la perseverancia y el esfuerzo propio sin desmayar ante las dificultades ni desalentarse por los contratiempos. Sólo los hombres cobardes se arrebriarán y se humillan cuando el mar de las vicisitudes se levanta para cerrarles el paso con sus olas y tormentas; el hombre de espíritu superior está siempre resuelto a cabalgar sobre las procelosas ondas y contrarrestar con pujanza y ardor la furia de los vientos. Seámos, pues, constantes, que con la constancia se vencen las dificultades. Imitemos el ejemplo que nos dio el gran orador de Atenas, Demóstenes, pero no tomándolo de una manera empírica, sino analizándolo y sometiéndolo al exámen racional (1).

Hechas estas consideraciones, no es aventurado afirmar que quien las tenga presentes va seguro del éxito de su carrera. Cuanto a la atención que debemos observar en los estudios, no olvidemos que los hombres más insignes en el mundo científico se han distinguido por una fuerza de abstracción rayana en lo increíble. Arquímedes, el descubridor de uno de los principios más fecundos de la hidrostática (2); Viete, el sabio matemático francés; Leibniz, el gran filósofo alemán que resumió su optimismo en que « este mundo es el mejor de los mundos posi-

(1) Demóstenes construyó un gabinete subterráneo y se afeitó la cabeza con el fin de imposibilitarse el comparecer en público. La historia de la ciencia nos habla de la tenacidad que ha distinguido a los hombres más notables.

(2) Principio de Arquímedes.

bles» (1); Kant el taciturno solitario de Koenigsberg (2) y muchos otros que han enriquecido las ciencias con admirables inventos, nos dan ejemplo de atención en los estudios. Sin ella no percibimos las ideas con claridad sino que dejamos caer el fruto de las enseñanzas como cosa baladí.

Abandonamos con entera confianza estas reflexiones al buen juicio de nuestros compañeros de estudio y abrigamos la esperanza de que contribuyan a disipar otras preocupaciones de distinto orden llamándoles la atención hacia un punto tan delicado como es el que hemos reparado. Estudiamos en el Colegio del Rosario «segundo hogar intelectual de los hijos de Colombia, cuna de la República». En él se han educado muchas generaciones, honra y prez de nuestra amada Patria, que han dejado esculpidas las huellas de sus pasos como para significarnos que debemos seguirlos, imitar su ejemplo y de esta suerte hacernos dignos del glorioso título de hijos del Rosario, el famoso Colegio que a través de 274 años ha venido educando sabiamente la juventud y asegurando el porvenir de la familia y de la Patria.

Agosto 26.

LUIS ALFONSO CARDOZA ORTIZ

(1) Monseñor Carrasquilla refuta admirablemente este sistema en sus *Lecciones de Metafísica* etc., pág. 153, número 145.

(2) De la atención de Kant se dice que «el solo desarreglo o cambio de un botón en uno de sus oyentes era capaz de hacerle perder el hilo del discurso».